

Cómo ser un padre espiritual auténtico

Déjense ver ante sus hijos. Cuando nos manifestamos en la vida, permitimos que también nuestros hijos se manifiesten. Este compromiso no supone que tengan que vivir una vida unidimensional, viviendo solo para sus hijos. Cuando se dejan ver, se logra que todo funcione perfectamente, como un adulto bien realizado, que tiene amigos, que se compromete con la comunidad, que sabe divertirse, y que además de eso, busca lograr sus propias metas. Esta es la persona que dejan ver. No tienen que estar con sus hijos a todas horas y cada día. Pero déjense ver regularmente y en los momentos importantes, como lo es la hora de la cena.

Practiquen la aceptación. Una buena parte de la vida moderna está conducida por la creciente expectativa de que ustedes deberán “poseer todo”. Si desde la época en que eran jóvenes, los grandes motores de persuasión e información de la sociedad (televisión, radio, películas, revistas) estaban preparando que “tuviera de todo en su vida”, a la hora de tomar la responsabilidad de cuidar y tener a su cargo a alguien vulnerable, sucio y exigente, podrán sentir que se sacude todo el sistema. La aceptación es un acto de la voluntad. Dicen: “Asumiré todas las exigencias y alegrías de esta vida con todo mi corazón, con toda mi mente y mi alma”. La aceptación supone tomar la vida como venga. Es decidir que la vida tiene mucho más que ofrecerte, que lo que tus infantiles y cortos deseos consiguen cuando y como tú lo quieres. La aceptación es reconocer con toda franqueza que están a gusto donde Dios quiere que estén y que hacen todas las cosas necesarias para vivir en paz.

Pidan ayuda a Dios y a las demás personas. Otras personas son frecuentemente el conducto de los mensajes divinos y de la ayuda inmediata de Dios. Estos nos ofrecen la oportunidad de amar a los demás y de aprender algo acerca de las manías que nos impiden recibir libremente el flujo del amor de Dios. Otras personas nos ofrecen la oportunidad de recibir el amor, la misericordia, el consuelo y la sabiduría.

Acepta con el corazón. Siempre me ha gustado ese versículo de la Biblia que dice: “Y su madre [María] guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2:51). La vida de María estuvo llena de sorpresas y una de las más grandes, sin duda, fue que iba a tener un hijo. ¡Y qué hijo! En el transcurso de su vida como madre la Virgen María descubrió muchos misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. Quizá el ejemplo más grande que nos da es que estuvo siempre dispuesta a aceptar todos esos misterios. Estuvo dispuesta no a entenderlos ni a controlarlos, sino a aceptarlos con un corazón abierto.

